



Las capilaridades sutiles del poder

Zoom a Carroll: Alicia en el país de las maravillas.

The subtle capilaridades power.
Zoom to Carroll: Alice in Wonderland.

■ **Mg. Carlos A. Ospina-Cruz**
Candidato a Doctor en Educación, Universidad de Antioquia. Coordinador.
caospicruz@yahoo.es

Recibido: Marzo 14 de 2010
Aceptado: Julio 25 de 2010

RESUMEN

Este artículo es el resultado de un sucinto ejercicio hermenéutico que ofrece una perspectiva particular acerca de la obra de Lewis Carroll *Alicia en el país de las maravillas*; es un intento por captar en el ámbito socioeducativo los diversos mensajes que, desde su posición tradicional e histórica, estructura este autor, valiéndose para ello de una historia aparentemente ingenua e infantil.

ABSTRACT: This essay is a result of a brief hermeneutical exercise which offers a particular point of view about Lewis Carroll's masterpiece "Alice's Adventures in Wonderland"; it is a purpose for apprehending the diverse messages in the social-educational context, that this writer builds from his traditional and historic position using an apparent and candid tale for children.

PALABRAS CLAVES: educación, hermenéutica, Inglaterra, novela, pedagogía sociología.

KEY WORDS: Education, Hermeneutics, England, Novel, Pedagogy, Sociology.

DESARROLLO

"La educación descaminó a la mayoría; creen lo que creen porque así los han criado. El cura continúa lo que empezó la nodriza, y así el hombre por el niño es embaucado".

John Dryden (1631-1700).

Por estos días está de moda nuevamente *Alicia en el país de las maravillas*. Y todo porque aparece, una vez más, una nueva versión para cine de la obra de Lewis Carroll. Sin embargo, en esta ocasión lo que nos interesa no tiene que ver con los nuevos trucos técnicos, el vestuario, los escenarios logrados o las actuaciones, sino con lo que a nuestro modo de ver ofrece esta obra literaria, más allá de las producciones para el séptimo arte, como posibilidad de lectura en el campo formativo de las niñas. Para abrir esta discusión, en primer lugar digamos que como prerrequisito ineludible es necesario haber leído la obra o, cuando menos, haber visto una de las tantas versiones cinematográficas.

En segundo lugar tomemos como primera herramienta la gramática. Según el *Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española* la palabra hablar proviene del latín *fabulari*, es decir, articular, proferir palabras para hacerse entender.

Lo que significa que cuando se habla sobre un tema determinado, a la vez se está haciendo una especie de fabulación. En ese orden de ideas, *Alicia en el país de las maravillas* es todo un circuito lingüístico en el que Carroll logra hablar, es decir, fabular, y por ello se puede decir que no inventa ninguna realidad artificiosa, sino que fabula la que él observa, la que vivencia; intenta hacernos entender una realidad, profiriéndola, haciéndola discurso y en esa búsqueda se mueve ambivalentemente entre lo real y lo fabulado. Carroll al hablar fabula y al fabular recrea lo que aparece en la realidad. Por la forma de cuento fantástico en la que Carroll, quien era sacerdote y matemático, redacta la obra y su evidente cinismo cuando conceptúa metafóricamente sobre las condiciones de la educación en su país maravilloso, parece trascender su formación profesional moralmente ortodoxa, por un lado, y de análisis cuantitativo, por el otro, para ingresar cuerpo adentro en ese ser humano particular afectado por la presión social y el poder de la colorida escuela infantil.

Así vista esta obra, es una especie de óptica irónica construida por Carroll frente a un mundo que opera como lo máximo, es así mismo una demostración de lo que podría estarles pasando a los infantes en el contexto inglés del siglo XIX. El mismo autor explica en forma premonitoria, al iniciar la obra, que Alicia había leído muchos cuentos en los que los niños o niñas eran engañados, devorados o envenenados porque no se acordaron a tiempo de los sabios consejos recibidos de sus padres (2002:20). En esta novela se dialoga metafóricamente sobre los fenómenos encontrados en la realidad, develando simbólicamente lo que parece estar oculto por los aires de la cotidianidad y de las cortinas que acompañan a las verdades del lenguaje, el poder y la tradición. En tal sentido, creemos, como lo expresa Larrosa, que aquí el discurso pedagógico se vale de lo fabuloso para abrir espacios a una gramática didáctica (1998:393), una gramática didáctica que busca desprenderse por la vía de la fantasía del discurso educativo oficial y dominante de la época. No es extraño, entonces, que



el lirón le diga a Alicia que crece de forma estrambótica (2002:175). El prototipo del durmiente eterno hace ver desaforado, en la aturdida niña y futura ciudadana, aquello que no se aviene a la despreocupación y la tranquilidad de dejar ser y pasar al mundo mientras se duerme (tal vez ni se sueña). Lo que se empieza a percibir es que no se trata de crecer, sino de dormir y soñar, de tal forma que la confusión entre lo vivido y lo soñado esté siempre presente y la línea sea tan tenue que mantenga la confusión.

En ese sentido, es necesario preguntarnos, ¿quién habla realmente?, es Alicia o es Carroll quien la inventó a ella como copia holográfica de una realidad preexistente para hablar por su intermedio y reconocer, aunque fabuladamente (tal vez, para no despertar muchas susceptibilidades en las poderosas fuerzas sociales del tiempo relacionado), desde su experiencia como ser humano otrora escolarizado y ahora socializado, desde su posición de maestro y líder espiritual, las problemáticas de las verdades inherentes a la sociedad en general, pero reflejadas aquí en el ámbito educativo⁹.

⁹ La Alicia de carne y hueso era la hija de su amigo el diácono Liddell, la cual, mucho más tarde, relató cómo esos cuentos caprichosos que aún deleitan a los lectores de todas las edades y de todos los países les fueron referidos a ella y a sus dos hermanas: "Muchos de los cuentos del señor Dodgson nos fueron contados en nuestras excursiones por el río, cerca de Oxford. Me parece que el principio de Alicia nos fue relatado en una tarde de verano en la que el sol era tan ardiente, que habíamos desembarcado en unas praderas situadas corriente abajo del río y habíamos abandonado el bote para refugiarnos a la sombra de un almiar recientemente formado. Allí, las tres repetimos nuestra vieja solicitud: cuéntenos una historia, y así comenzó su relato, siempre delicioso. Algunas veces para mortificarnos o porque realmente estaba cansado, el señor Dodgson se detenía repentinamente diciéndonos: esto es todo, hasta la próxima vez; ¡ah, pero ésta es la próxima vez!, exclamábamos las tres al mismo tiempo, y después de varias tentativas para persuadirlo, la narración se reanudaba nuevamente". (Sitio web de Lewis Carroll: www.guiascostarica.com/alicia/).

Alicia se ha convertido mediante esta novela en una sutil vocera de la incompreensión de los adultos hacia los infantes, es la voz del latente distanciamiento intergeneracional; así se percibe cuando en algunas partes de la trama Carroll se da el lujo de dejar que sea ella quien hable en primera persona. La importancia de esta obra radica, como lo expresa en forma precisa uno de los editores contemporáneos de la novela, en que trasciende una época de implacable didactismo en los libros infantiles, mostrando, además, a Alicia como “el primer personaje de la literatura infantil que entrevió la hipocresía y la presuntuosa didáctica del mundo de los adultos” (2002:7). Esta niña, si se quiere tenuemente iluminada, vivenció un mundo visualmente alimentado por las fantasías infantiles pero con todo el formalismo de los adultos, situación que ya empezaba a hacerse carne en ella por los conocimientos que la educación, la familia y la sociedad le estaban transmitiendo. No obstante, trataba de entender con dificultad los hechos que presenciaba y en los cuales estaba implicada directamente, pero en definitiva no terminaba por acomodarse conceptualmente a esas situaciones adultas. Las mismas que eran presentadas como el culmen de un mundo maravilloso, no tanto por lo que sucede y por lo que representan sino por la forma colorida, animalesca y diferente del mundo real como se presentan. Lo interesante aquí, es que Carroll nos permite que la niña siga jugando, mientras hace su crítica social.

En dicho sentido, Alicia es una niña que, sin dormirse, logra ingresar en una dimensión onírica fantástica; pero una dimensión en la suya propia, porque se encuentra allí mismo en el mundo en que ella vive; ese mundo que visita es el suyo, simplemente que ahora podía verlo, deconstruirlo y hasta destruirlo, como finalmente se entiende que lo hace¹⁰. Aquí juegan la fantasía de los interlocutores animalados, los ojos de niña *consciente* de sus prejuicios y, aparentemente, como lo deja entrever a lo largo de todo el viaje fantástico, de los prejuicios de los adultos. Pero esa nueva dimensión es su propio país, no es otro mundo, de ahí que el autor haya preferido llamar a su obra *Alicia en el país de las maravillas* y no en *el mundo de las maravillas*. Parece claro que quería referirse exactamente a su país y no al mundo en general, lo cual concretiza todavía más la localizada crítica social subyacente en la obra.

Aquí, Carroll fabula irónicamente lo que Alicia está sintiendo (o tal vez soportando, sufriendo...). Alicia desea fantasías que la saquen de ese mundo de lo concreto para los adultos pero abstracto¹¹ para ella y resulta en un lugar paradójicamente tan abstracto como aquel de donde viene, pero que ilusamente hasta en la historia construida se le presenta como fantasioso y pleno de alternativas conceptuales juguetonas sobre el escenario social. Desear fantasías era una forma de querer huir del mundo real que le es ajeno y distante; los libros la aburren pero las fantasías no. Ahora bien, ¿le aburren los libros, o quienes trabajan con los libros?, porque precisamente las fantasías son las dimensiones desconocidas e inesperadas que vislumbran los libros. Desde el primer renglón, que marca también el primer momento coyuntural de la historia, está evidenciada la insatisfacción infantil: “Alicia se sentía cansada, aburrida. Era una chiquilla, alegre, amante del bullicio y extremadamente curiosa” (2002:13), nos encontramos pues con una niña que, puesta en confrontación con el sistema de los adultos y con la estructura educativa, perdía gran cantidad de todo su potencial de curiosidad y creatividad infantil. Era tan crítica la situación que la misma realidad de la fabulación de lo real parecía superar la creatividad infantil, pero más allá de eso, esa realidad lejos de acercarse a la niña la mantenía tan confundida como la vida misma no fabulada, es decir, el cordón umbilical que unía la realidad con la fábula era tan fuerte que ni aun el cambio de esquema de presentación o de maquillaje la hacía lucir más agradable o cercana a la infancia.

Ser niña: una demostración de la diversidad humana

Alicia en el país de las maravillas es la historia fabulada de un ser humano novel que debe aceptar, con temores y sin saber claramente por qué, los designios que en su formación determinaban dos fuertes aliados: la Iglesia y el régimen monárquico imperante sostenido en la conocida teoría del Derecho divino de los reyes¹². Una situación que se ve magnificada, como lo expresa Avanzini, porque “cuando la Iglesia dice que la moral le pertenece en verdad, no entiende por esto afirmar que sea exclusivamente de su dominio sino que le corresponde en su totalidad”

¹⁰ En una de las escenas finales de la obra Alicia creció y al pararse a ser testigo de un juicio caótico y aparentemente falto de sentido (para ella), como otra cantidad de hechos en la obra, tumbó el juzgado y el tribunal.

¹¹ Tal y como pueden resultar de incomprensibles las matemáticas en la escuela para quien no las entiende.

¹² Según esta conceptualización teórica de Bossuett el derecho de ser reyes es otorgado por los dioses y en caso de que éstos se equivoquen o gobiernen equivocadamente, sólo ante los dioses tendrán que explicarlo, pero ante los seres humanos, es decir, ante sus súbditos, no están obligados a hacerlo. En el mismo sentido, se puede hacer alusión a la expresión de Antoine de Saint-Exupéry en *El Principito*: “Cuando el misterio es demasiado grande, es imposible desobedecer”.

(Avanzini, 1997: 59). Todavía más, en la *Encíclica Divinii Illius Magistri* el papa Pío XI expresaba de una manera inequívoca: que era pues, de pleno derecho como la Iglesia se hacía “la promotora de las letras, de las ciencias y de las artes en la medida en que todo esto puede ser provechoso o necesario para la educación cristiana”. En consecuencia, expresar que Alicia no entendía nada de ese país de las maravillas, sería una forma de denunciar que Alicia realmente no era entendida por su país, y que la educación y el gobierno monárquico no interpretaban a los pequeños sino que se interpretaban erróneamente a sí mismos.

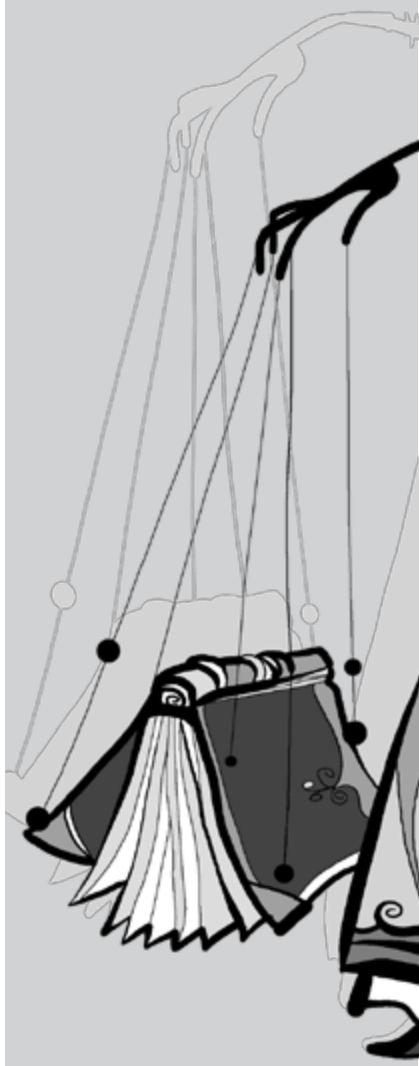
Todavía más. Hay otras pistas que ayudan al lector desprevenido a entender la inconformidad de Alicia con la educación; ella se burla de las cosas aprendidas de memoria en la escuela y piensa que poco recuerda de ellas; miraba con extrañeza como ellos (los personajes de la obra) estudiaban todo de memoria en un plan cíclico: cuanto más se sabía, se necesitaba estudiar menos, de tal forma que las clases disminuían hasta cero porque ya no se necesitaba estudiar más: ¡que la educación bancaria pase al banquillo!

Para seguir con su juego, el sacerdote Carroll parece querer desprenderse de responsabilidad alguna confundiendo al desprevenido lector: “Alicia había atravesado el telón de la fantasía y la palabra realidad carecía de sentido” (2002:19). Utiliza simbólicamente un mundo propio de la ficción para expresar la fenomenología de un país no tan fantástico sino fantasmagórico en donde hay personajes que aparecen y desaparecen como por arte de magia; los símbolos utilizados para los personajes, las formas de hablar y los escenarios parecían responder fielmente a los simbolismos encontrados en la vida real. Cualquier parecido con la

sociedad de su tiempo no es ninguna coincidencia, es la interpretación que de la misma realidad tangible logra fabular magistralmente este autor.

En esta sociedad fabulada, los animales piensan como personas y las actitudes de algunas personas pueden ser catalogadas como ciertamente animalescas. Y así puede pensarse cuando encontramos las relaciones directas que se establecen entre lo que es en la realidad que creemos conocer el animal, con el personaje humano que está representando en el país de la *realidad* que ha des-cubierto Alicia. Aquí, el ratón (ni siquiera una rata, sino un minúsculo rápido espécimen, rastrero y poco apetecido por el común) cínicamente se asemeja a un sesudo intelectual o a un filósofo con toda la barba para dar opiniones con el aplomo de un académico de la lengua; un caballo que sabe hablar inglés y al que relinchar ya lo cree mal visto, pontifica que “la educación es la base de todo el tinglado etoniano. Todo lo demás, es pura filfa”. “La técnica, la verdadera técnica es la de los modales” (2002:73), afirma prepotente y seguro de sí mismo el equino.

En síntesis, lo realmente importante de lo educativo parece quedar reducido a la urbanidad y a los buenos modales (en una sociedad como la inglesa caracterizada por su típica flemma) y no a la creatividad ni a las intenciones transformadoras de lo social o lo individual porque como queda muy claro en el escenario maravilloso del texto, “cada uno de nosotros debe ocupar en la sociedad el puesto al que está destinado” (2002:77). De allí se entiende que el caballo perfecto fuera muy educado en modales pero no en contenidos o en saberes potenciadores, su perfección estriba en su urbanización mas no en su formación intelectual; en efecto se entiende con



Larrosa cómo Carroll logra articular su crítica: "En un texto los heterogéneos personajes que pueblan el diálogo con sus diversos mundos vitales, así como la referencia o la evocación de los acontecimientos históricos o sociales que constituyen el espacio público común en el que transcurre la enseñanza, muestran la presencia no meramente anecdótica de la vida ordinaria y del tiempo concreto en el movimiento pedagógico de la búsqueda del saber y la justicia" (Larrosa, 1998:398).

En efecto, adquieren significatividad respectivamente ciertas situaciones: en primera instancia, la expresión de Alicia: "mi gata Dina, tan obediente y calladita"; en segundo lugar, la persecución continua y casi desesperante de la principal actriz para llegar hasta donde el conejo blanco acosado por el tiempo, siempre ocupado como un clásico adulto, corriendo aparentemente sin razón alguna, reflejando el afán de los adultos y la poca atención hacia los niños y niñas; en tercer lugar, la "carrera precipitada", en la que participan con gran alborozo el conjunto de animales, se interpreta como ese prurito educativo universalizador. Es la carrera en la cual el sistema educativo y social inserta a los educandos, de esta manera puede explicarse, entonces, el hecho de que los animales quisieran enfermizamente premios por haber terminado la carrera, pero aun teniendo muy claro, y ello patentizado alrededor de toda la obra, que son unos animales con los cuales sólo algunas cosas pueden ser logradas y otras no, y que hay unas aparentemente predeterminadas según el género; ejemplo de ello es que el grifo y la tortuga estudiaban afeamiento y lo veían normal y que con las mujeres el hecho de que no les enseñaran a lavar en la escuela, era

suficiente para afirmar que ese colegio no fuera de los mejores.

Adquiere un alto valor interpretativo en la obra el hecho de que los reyes no aparezcan representados por animales de tal forma que la *realidad* (es decir, el mundo de la realeza, no la realidad) representa el mundo pero no se representa a sí misma. Siguiendo con las connotaciones que se perciben en los personajes sociales puestos en escena y los animales que los simbolizan, Carroll bien podría haber tenido en cuenta la sugerencia de Nicolás Maquiavelo para los gobernantes: "debe tomar de las cualidades de los animales las que distinguen al león y a la zorra y valerse de ambas; la zorra tiene poca fuerza para defenderse del lobo, y el león cae fácilmente en las trampas que se le arman, por lo cual debe aprender de la una a ser astuto y del otro a ser fuerte para espantar al lobo" (1979:119). Vale decir, enmarcados en el ambiente verídico-fabuloso de la obra, la monarquía hubiera estado perfectamente representada en un engendro mitológico resultante de la novedosa mezcla de estos dos animales, sin embargo, reitero, el caso de los reyes vistos como personas frente a unos súbditos animalados ofrece en sí mismo un enorme potencial interpretativo de todo lo que puede querer decir el autor.

En esa dirección y partiendo de las actuaciones de los representantes de la monarquía no parecía cumplirse el precepto del Contrato Social esbozado por J. J. Rousseau desde el precedente siglo XVIII acerca del mejor y el más natural orden social, instaurado sobre la base de que sean los sabios quienes gobiernen a la muchedumbre, siempre que haya la seguridad de que la gobernarán según el proyecto

de ella y no según su propio proyecto (1978:81). Es claro aquí como Carroll da a entender que el halo de poder investido a los reyes, desde su poder económico, su sustento religioso y lo tradicional no necesariamente los habilitaba competentemente para gobernar. Las continuas y sostenidas desfachateces presentes en la trama de la obra no hacen más que certificar esta situación.

Solo una cosa es cierta: aquí estamos navegando en un río de ilusión¹³

Contrario a lo que pudiera intuirse, creemos que el gran personaje de la obra no es Alicia sino la educación. Todo gira en torno a los sucesos que tienen que ver con el sistema educativo y por los cuales Alicia va pasando como en una excursión extraordinaria a la cual ha llegado provista con lentes de visión clarificadora y mentalidad abierta para entender las contradicciones para su mundo, que a su vez son las consistencias para el orden establecido. "Los reyes todo lo hacen al revés" (2002:181), no obstante, su poder monárquico les permite jugar libremente con las cartas, que literalmente son los destinos (y los desatinos) del mundo, así como las cuestiones más triviales, pero también más íntimas de las personas a las que gobiernan; su dignidad les otorga automáticamente licencias para pretender decapitar una cabeza, por ejemplo (2002: 142).

La educación se ensaña con Alicia y así se vislumbra a través de todas las ocasiones en las que, de diferentes formas, le hace entender que por el solo hecho de pensar ya da origen a algo insólito; la particular e inusual belleza de los lugares encontrados

¹³ Subtítulo tomado de una expresión encontrada en una poesía del Prefacio a la obra escrita por el mismo Lewis Carroll, p. 11.



contrasta con las dificultades para avanzar en un mundo que guarda a cada centímetro secretos y obstáculos frente a las ansias de saber de una niña que es lista, decidida, inteligente, prudente, curiosa y poco común. ¿Me envidiarían mis “amigas” por saber que estoy aquí? Sí, porque yo soy más lista (2002:27). Pero las verdades de los adultos terminaban por cumplir su cometido atemorizante: “No pongas la mano en el fuego o la pasarás mal”; cuando quiso ser pequeña, perdió la llave para el jardín y cuando quiso ser grande, ya el tamaño no le permitiría entrar en el jardín, así los deseos se convertían en los principales enemigos para sus ímpetus investigativos. Se tomó el líquido de la botella y obtuvo lo que deseaba: ser pequeñísima; un deseo la convertía en algo, pero ya no podía seguir con sus intenciones. Sus deseos parecían inalcanzables: sólo cambiaba el tamaño, eso era lo único que lograba; el estanque, hecho por las mismas lágrimas de su tristeza, se había llenado con varias aves, con las mismas que representaban la posibilidad de volar y salir de aquel encierro fantástico que la torturaba, que la hacía creer en un paraíso.

La comparación con los animales para significar de la forma más cruda las vivencias humanas queda al descubierto en la siguiente escena: “¿pensando de nuevo?”, le dijo la duquesa. “Estoy en mi derecho”, le interpeló Alicia, “y puedo pensar cuando quiera y como quiera”. “Casi, casi, el mismo derecho que los cerdos tienen de volar”, respondió la duquesa (2002:135). La singularidad de la situación adquiere un tono interpretativo de alto nivel al observar que el diálogo se hace precisamente entre una infante y una persona que representa el *statu quo*

monárquico; en tal sentido, es válido preguntarse por la concepción educativa que se manejaba en las altas esferas gubernamentales de la época: ¿eran considerados las niñas como seres pensantes y propositivos o estaban allí para obedecer ciegamente a adultos y reyes y con la alternativa de echar pienso a los animales (que parecían operar tan humanamente)?¹⁴.

Alicia expresaba que los animales eran personas, y que, además, decían tonterías; sin embargo, frente a sus interpelaciones éstos siempre le recriminaban su falta de buena educación y debía aceptar estoicamente todo lo que le interlocutaban: “ya sé que todo, absolutamente todo es posible, si la vida misma me parece un cuento” (2002:110). Pero ¿cuál era en verdad el cuento, la vida misma de la que venía o el país de las maravillas en que estaba encerrada? Si en este mundo atípico los animales fungían como personas inteligentes, nada parecía poder impedir que en el propio cuento de la vida real las personas oficiaran como animales. Las explicaciones son inservibles, le espetaba el grifo a Alicia, todos los animales le daban órdenes a pesar de estar equivocados y como en un mundo diferente al de ella, estaban en otra dimensión pero la dirigían efectivamente y la influenciaban afectivamente.

El gato en un ataque de lucidez iluminó a Alicia: “Todos en el país de las maravillas están locos”, sus saberes eran apariencia y mentiras pero dichas con mucha seguridad, sobre todo de la seguridad que le da la edad y el sistema adultocrático a las personas mayores sobre los niños y niñas, y así lo percibía Alicia; su mundo interior, su ser personal no

¹⁴ En este punto es importante tener en cuenta a J. J. Rousseau quien fuera considerado como el teórico educativo más relevante del siglo XVIII porque influenció considerablemente a Europa y otros continentes. Entre sus propuestas concretas estaba la de enseñar a leer a una edad posterior y asumir el estudio de la naturaleza y de la sociedad por observación directa. Pero sus radicales propuestas sólo eran aplicables a los niños, en tanto que en esta perspectiva las niñas debían recibir una educación convencional.

encontraba razón en aquel maremágnum de situaciones confusas; con lo afirmado por los animales acerca de la escuela aumentaba su incomprensión, su ambivalencia: de un lado escuchaba “lo que nos han enseñado desde pequeños es una tontería”, resultando así agravada la escuela, pero de otro lado: “Cada cosa a su hora, de lo contrario es incorrección, así no se esté de acuerdo con ello”, y esto que también había sido enseñado en la escuela sí parecía adquirir seriedad. Unas cosas sí, otras no, el saber no era importante, los modales sí, instruir en los modales es domesticar animales, pero educar personas en el saber no es tan importante. En este mundo “todo es susceptible de moraleja”, le dice la duquesa a Alicia (2002:132), pero las moralejas y sus propias actitudes, incoherentes con lo que predica, resultan incomprensibles para Alicia: la duquesa, por ejemplo, se le acercaba demasiado, pero la niña aguantó lo mejor que pudo para evitar ser descalificada por mala educación. Acercarse a la realeza es una descortesía, pero permitir que la realeza se acerque a ti es una cortesía resultante de una buena educación socializadora. Menudo problema de semántica social.

La escuela ideal

Lo que aquí parecía irrefutable era que bajo el buen influjo de la escuela y de las personas mayores no había razones para la infelicidad infantil. Por tal razón, Alicia no podía estar deprimida más de un minuto, no podía ser una niña triste. Sin embargo, lloraba a tal punto que se estaba ahogando en el océano de sus propias lágrimas y optaba usualmente por aconsejarse a sí misma dando, posiblemente, a entender la falta de interlocutores que la interpretaran en sus propias situaciones en un mundo en el que no sabía a qué atenerse, ante la ausencia

de formalidad como ella misma lo calificaba. Pero de algo sí estaba muy segura Alicia, no quería ser adulta a la manera como aparecían los mayores. Ahora bien, el problema radicaba en que si optaba por ser niña caería irremediablemente en manos de la escuela y eso también la atormentaba: “Si me quedo aquí, siempre seré niña, será interesante, no envejeceré nunca. Aunque si soy pequeña, tendré que estudiar las lecciones, hacer los deberes...” (2002: 77). La añoranza por su ser de niña afloraba, pero a la vez la aterraba el prurito de verse obligada a cumplir preceptos.

Y ese temor tenía sentido en diversas circunstancias del contexto maravilloso. El saber de Alicia era estúpido para todos los personajes del mundo maravilloso: “habla, habla, que ya te corregiremos”, “mira, que preguntar cosas que sabe todo el mundo” (2002:141). Todo en la fábula parece que se confabula contra Alicia y los personajes que la acompañan parecen disfrutar dominándola, regañándola o haciéndola sentir inútil o torpe; aunque en medio de tan-

tas situaciones nuevas no desesperaba y hasta lucía distraída. Al final, cuando es interrogada por el Rey: “di cuanto sepas niña”, termina por decir: “no sé nada de nada” (2002:174). De la niña inteligente, astuta, graciosa y creativa que era, quedaba un ser inseguro de sí mismo y con tal confusión sobre su particular vivencia que sentía, más con desazón que con dicha, que ya no era ella: “yo no soy yo, he cambiado varias veces”. El vaivén de las circunstancias maravillosas la lanzaba incesantemente de un lado a otro, aun a su pesar. Queda latente una cuestión: ¿si ya no se sentía ella, sería que ese país maravilloso y todas las relaciones con sus personajes habían logrado el cometido de acordarla cual arandela estructural funcionalista de él? Y lo peor: posiblemente haberla extraído brutalmente de ella misma, de su esencia individual, y de su riqueza personal. En ese orden de ideas, el pancismo era, tal vez, la peor opción para su infortunio.

“¿Qué lecciones voy a estudiar? Ninguno de estos animalejos tiene cara de profesor”.

BIBLIOGRAFÍA

- AVANZINI, GUY (1997). *La pedagogía desde el siglo XVII hasta nuestros días*, México: Fondo de Cultura Económica.
- CARROLL, LEWIS (2002). “Alicia en el país de las maravillas”, Santafé de Bogotá: periódico *El Tiempo*.
- DRYDEN, JOHN (1631-1700) (2003). Selected Poetry, En <http://eir.library.utoronto.ca/rpo/display/poet107.html>
- LARROSA, JORGE (1998). *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación*, Barcelona: Laertes.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS (1979). *El príncipe*, comentario de Antonio Gramsci. Cali: Ed. Andreus.
- PLATÓN (1979). *La República*, Santafé de Bogotá: Ediciones Universales.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2002). *Diccionario de la lengua española*, Madrid: Espasa-Calpe.
- ROUSSEAU, JUAN JACOBO (1978). *El Contrato Social*, Medellín: Ediciones PP.
- Sitio web de Lewis Carroll: www.guiascostarica.com/alicia/, febrero de 2006.